



PALILLOS CHINOS

Javier Maura

PALILLOS CHINOS



Primera edición: mayo 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Javier Maura

ISBN: 978-84-19340-46-7

ISBN digital: 978-84-19340-47-4

Depósito legal: M-14047-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Bea, el sol que me alumbra cada día.

Primera parte

1

No te arrepientes de haberle amenazado; como subinspector de policía, sabes que cometiste un delito, pero fue necesario. No te sientes mal únicamente por ti, sino por las miserias humanas que ves a diario. Por todas partes, mires a donde mires, no solo hacia ese hijoputa maltratador que acaba de echarte de su casa. Tienes más espinas clavadas que un san Sebastián y no consigues arrancártelas, pero tu triunfo es seguir de pie y, si besas la lona, levantarte y ponerte otra vez en guardia.

No soportas la chulería de los que mean colonia y luego le dan estopa a la parienta; sus padres les han pagado la universidad, al contrario que a ti, que eres hijo de un *gris*, como llamaban a los policías armados de Franco, y eso les obliga a ser más responsables que los demás. Tú no te ocupas de los delitos de guante blanco, no tienes conocimientos para ello y además no lo soportarías, aunque sí de las guarradas de los ricos porque eres un poli de calle, de los que resuelven los problemas de verdad por más que te cueste tanto redactar un atestado como deshuesar un jamón.

Foncillas, tu jefe directo, te echará la bronca, otra más, si alguno de los policías uniformados que fueron contigo se lo cuenta; si le da por preguntar, al menos uno de los dos agentes te delatará porque el Cuerpo está lleno de chivatos con ganas de hacer méritos. Le contarán que el subinspector Álvarez, o sea, tú, le dijiste al marido que era hombre muerto si volvía a hacerlo, que casi sacas la pistola, que no pudiste soportar que la mujer nos dijera que no había pasado nada, que había sido una

vulgar discusión doméstica mal interpretada por la chismosa de su vecina.

¿Se te ha ido la olla otra vez, Álvarez?, te dirá el inspector jefe Foncillas. ¡Qué cojones te importa que la zurre si ella se deja! No seas ingenuo, Quique, hay parejas muy raras por el mundo; parece que se llevan de puta pena y no se separan ni *pa* Dios. Si el marido nos denuncia, a ver qué hacemos, que a los chavales que fueron contigo les pones sin uniforme delante de un juez y se cagan.

Sabes que Foncillas es otro hijoputa a quien solo le importan tres cosas: los jefes, los periodistas y las estadísticas, por este orden. Cuando nuestro gran jefe Morán le apretó las tuercas con la mafia búlgara, bien que pinchó teléfonos sin orden judicial y eso sí que es delito grave, pero tu amenaza ha sido idea tuya y eso lo cambia todo. Blando con los de arriba y duro con los de abajo, siendo así es como se progresa en esta Policía.

También sabes que no eres un hijoputa, por eso seguirás de subinspector hasta que te jubilen; no has lamido culos en tu vida e intuyes por veteranía que la vecina tenía razón, no parecía de las que llaman al uno-uno-dos para tener un plan de tarde. Por eso le diste tu número de móvil y le dijiste que se lo pasara a la mujer en cuanto se fuera el energúmeno de su marido, porque confiaste en ella; aunque a veces hayan traicionado tu confianza, sigues creyendo en el género humano, todavía no eres tan cínico como para opinar que, si quieres tener un amigo, mejor te compras un perro.

Reconoces a un maltratador por las miradas, la suya y la de la víctima. Los maltratadores suelen ser cobardes, desprecian a la mujer y temen al policía, sobre todo a su arma; por eso te abriste la chaqueta, para que se acojonara al verla. Fue un pequeño triunfo, pero no bastó; ella estaba aún más acojonada y lo negó todo. Hemos discutido, os dijo, y tú no la creíste; como todas las parejas, os dijo, y tampoco la creíste. Así que mandaste a los guardias que la acompañasen a casa de su vecina y te quedaste a solas con el hijoputa.

Te alegraste íntimamente de la cara de susto que puso cuando le soltaste: tú y yo sabemos que eres un puto maltratador y

no es la primera vez que la pegas. Te gusta imponerte, por eso te agrada este trabajo, por las veces que te pones por encima de esta gentuza; será abogado o médico, estás seguro, porque tiene una casa cojonuda: un quinto exterior en Princesa, nada menos. El tío estaba con copas o se había metido algo; lo supones porque, estando acojonado, se puso chulo: Salga de mi casa, se atrevió a decirte, y no vuelva sin una orden judicial.

Se te cruzaron los cables y solo lamentas no haber actuado más deprisa porque los chavales de uniforme volvieron justo cuando le decías: ¡si vuelves a tocarla, te mato! Lo escucharon y a lo mejor lo repiten, aunque allí se callaran. Más aún, no dudas de que lo radiarán por comisaría y, depende de quién sea el maltratador, puedes tener problemas; Madrid está lleno de diputados, senadores y concejales, parientes de ministros, subsecretarios y directores generales, amigos de abogados del Estado, notarios y registradores y con que uno de esos descuelgue el teléfono y llame a alguien del ministerio, de ahí a Morán o Foncillas no hay más que un paso.

Tenías mal día, lo reconoces, y todo influye; Laura te saca de quicio, es otra hijaputa. No fuiste un marido perfecto, ni un buen padre, lo aceptas, pero con este jodido trabajo no se puede atender a la familia como es debido. Discutisteis por teléfono por Laurita, como siempre, al principio porque no cumplías con el régimen de visitas, las querías cambiar para acomodarlas a las guardias del curro, y esa tarde por dinero, que la universidad es cara, el juez se quedó corto y demás morralla.

Te jode que Laurita pase de ti y que a sus espaldas te pidan tela para ella, sabiendo que no es para la chica, sino para su madre, para gastarla en ropa de marca e irse de vacaciones a Mallorca, y te jode a la vez pasar por mal padre, por eso prefieres ingresarle la pasta directamente a tu hija y eso que no te da ni las gracias. Te consuelas pensando que Laurita pasa de ti como todas las chicas de veinte años pasan de sus padres, pero, ¡joder!, la quieres, la quieres la hostia, aunque a veces te preguntes por qué.

Llegas a tu comisaría de Moncloa, te miras al espejo en los servicios y te da un poco de vergüenza tu aspecto: duermes poco, no comes bien y no follas desde la separación de los Beatles y por eso la piel se te ha quedado seca y cetrina y se te han hundido los ojos. Pareces mayor de tus cincuenta y tres y llevas la ropa arrugada. Va a tener razón tu madre con eso de que necesitas una mujer, pero no es toda la verdad: lo que necesitas son ilusiones, saber que, cuando acabes de limpiar la mierda de esta ciudad, te espera en casa una mujer que quiere abrazarte y contarte cómo le ha ido el día. Y eso no lo consigues porque no lo buscas, te da miedo buscarlo y lo que encuentras de vez en cuando es una mujer tan desesperada por echar un polvo como tú.

Pero a la vez que te avergüenzas de tu pinta, estás contento de tu mirada; eres un policía limpio, hijo de otro policía que te inculcó unos principios, aunque no estés seguro de que los siguiera al pie de la letra, y si no te lo reconocen es porque vives en una sociedad podrida, en donde las buenas personas no triunfan desde que los siete pecados capitales le ganaron la partida a los diez mandamientos; lo piensas desde tu descreimiento en seres superiores o en el más allá, que bastante tenemos con el aquí y ahora.

Podías haber pillado como muchos de tus compañeros, que en este curro del delito los perseguidos suelen ganar más que los perseguidores y muchas veces te ofrecen pasta para que mires para otro lado. Tienes compañeros que protegen puticlubs, no para tirarse a las furcias, que de vez en cuando también, sino para darse algún capricho, sin que se entere la mujer, con los mil euros mensuales que les pasan los dueños para que tus colegas les prevengan de las redadas y poder esconder a las ilegales.

Te han ofrecido corromperte como a casi todos, pero dijiste que no después de dudarlo. Pensaste en tu padre y en Laurita, en qué lugar quedarías para ellos si llegaran a detenerte en una de esas operaciones de nombre raro que montan tus grandes jefes para quedar bien y que la gente piense que velan por ella de lunes a domingo, cuando en realidad se pasan la mayor parte del tiempo

haciendo favores a los políticos y sacándose fotos a su lado, todos ellos fingiendo que hacen mucho más de lo que hacen, eso que se sepa y no siendo malpensado.

No quisiste venderte por miedo a quebrar tu imagen, pero no reprochas a algunos compañeros que lo hicieron, los que lo necesitaban de verdad, lo mismo que entiendes, aunque no te guste, a los que ablandan con un par de hostias a un criminal para que confiese. En nuestro puto trabajo, mirar para otro lado es tan normal como llevar pistola.

Soportas el delito, no podrías si no ser policía, lo mismo que los pescateros aguantan el olor a pescado y las dependientas que le desordene una estantería alguien que ni siquiera compra. La diferencia es que a los policías nos pagan porque hay delincuentes y se supone que tenemos que detenerlos; en una sociedad perfecta, habría pescateros y dependientas, pero no delincuentes ni policías, somos producto de las deficiencias del sistema.

Has tenido enfrente a chavales que, si no fueran ladrones, no podrían ser otra cosa, gente de familias que viven de robar carteras en el metro porque así consiguen la misma pasta que en curros de mierda, ahorrándose encima las humillaciones de los jefes, las mismas con las que tú apechugas por el arcaico sentido del deber que te grabó a fuego tu padre y a él el suyo.

Ellos pensaban que el orden social tenía origen divino, que un dios tan adorado como incomprensible nos había creado ricos y pobres, como altos y bajos, teniendo que agradecerle de por vida el mero hecho de haber nacido. Tú ya no crees en Dios ni en el orden social, pero sabes que la sociedad te necesita para funcionar. Son los políticos quienes tienen que cambiar las normas, lo que es aceptable y lo que no; tu papel es defender los cambios, sean del signo que sean.

Lo dijo tu padre cuando murió Franco y se instauró la democracia, lo recuerdas bien porque estabas asustado, a tus trece años, viendo llorar a aquel hombre vestido de negro anunciándolo en la tele: mi uniforme está para defender a la patria, no para pensar en

cómo debe ser esa patria, que para eso está el mando. Así es que, superados los cincuenta, con una crisis del copón desde hace más de siete años, que ya estamos empezando dos mil dieciséis, te encuentras apuntalando un orden social en el que no crees, montado sobre unas diferencias que te parecen cada vez más injustas.

Si el maltratador, en lugar de un pijo de Princesa hubiera sido un obrero de Vallecas, no le hubieras amenazado como lo hiciste. Tampoco le comprenderías, como a la familia de rumanos que robaba en el metro: el maltrato a las mujeres es un delito más cabrón que otros, por los lazos afectivos entre el criminal y una víctima que se queda perpleja, tratando de descubrir qué habrá hecho mal para pasar del beso a la torta y, a menudo, del insulto a la petición de perdón que precede a otra agresión y así sucesivamente, como un velero a merced de las olas en una tormenta.

Lo que ha desencadenado tu ira es la arrogancia de clase alta del tío, a pesar de que percibías su miedo. Te teme como policía, pero te desprecia como persona y lo que te subleva es que pueda hacerlo, igual que a su mujer, a ti por clase y a ella por género, sin recibir el castigo ejemplar que tus jefes, preocupados por sus carreras, solo le aplicarían si no les quedara más remedio y previo permiso de la jerarquía.

Te sientes impotente para barrer tanta miseria, pequeño en esta gran ciudad, y te gustaría dejar de ser Clark Kent para, de vez en cuando, transformarte en Superman, pero te conformas con seguir adelante y no dejar de hacer lo que esté en tu mano.

2

Los alcaldes somos los políticos que peor lo tenemos en España, pensaba Fermín, los ciudadanos nos acosan con sus queñeces, los funcionarios con sus legalismos, el partido con sus imposiciones y para colmo el procedimiento electoral nos examina casi cada año. Un diputado nacional, continuaba, no tiene que preocuparse más que cada cuatro años y un eurodiputado ni te cuento, pero nosotros, que estamos abajo del todo del escalafón, no descansamos nunca.

Tenía razón Fermín Ramas o al menos sus razones para quejarse, aquel invierno de dos mil dieciséis, en la soledad de su recién estrenado despacho de la Alcaldía de Quintana. En este país, hay elecciones continuamente: europeas, nacionales, autonómicas y municipales y en todas ellas el recuento se efectúa municipio a municipio. De esa forma, los expertos de los partidos descienden en sus análisis hasta el nivel de los barrios para comparar los resultados globales con los locales y, como haya desfases, piden cuentas.

Este es un país de locos, se lo decía Alberto Lumbier, su suegro, en las comidas de los domingos: aquí cambiamos el voto por cualquier bobada; en otros países, sus modelos solían ser Inglaterra y Alemania, la gente tiene una ideología, mientras que aquí se pasan del cristianismo al socialismo en cuarenta y ocho horas, como justo después de la voladura de los trenes el 11M. En España no se piensa, pontificaba poniendo sus manos en la cabeza, somos viscerales y la única fidelidad que mantenemos toda la vida es al equipo de fútbol. Hace unos años hubiera añadido también a la mujer, queri-

do Fermín, pero desde que los nuestros han claudicado con lo del divorcio, solo nos queda el equipo.

Omitía Alberto al incluirle entre los nuestros, suponía Fermín que por amabilidad con él, que en la Facultad de Derecho se afilió a las juventudes progresistas llegando a formar parte de la ejecutiva provincial y que su queridísima y única hija fue también militante de base, según ella por convicción y según Fermín para seducirle. También olvidaba su suegro, esta vez por conveniencia, su pasado falangista y lo que le costó apoyar la Constitución, por mucho que ahora le pareciese cuasi perfecta. Pasado progresista por pasado falangista; en términos de ajedrez, tablas.

Un veterano del Partido Progresista le dijo a Fermín, en una de aquellas noches de copas, que para hacer carrera política en su formación se necesitaba, como en la Bamba, una poca de gracia y otra cosita: apoyarse en alguien consagrado o, mejor aún, en una figura en ascenso y que, cuando pulsasen el botón de subir, fuerais juntos para arriba. A Fermín le hizo gracia y quiso saber su opinión sobre cómo se hacía carrera en el Partido Conservador: a ellos les funcionan más los apellidos, los hijos o sobrinos de los dirigentes lo tienen más fácil, pero puestos a escoger, lo mejor es casarse con la hija de uno de los jefes o del cacique local.

El veterano se rio de su propio chiste; le había llegado el rumor de que Fermín y Aurora Lumbier, la hija del cacique de Quintana y de toda la región, salían juntos, pero, a diferencia de Fermín, él venía de un tiempo donde tener hijos progresistas daba un barniz de modernidad a las familias de lo que entonces se llamaba franquismo sociológico, como si la gente que había medrado al amparo del régimen necesitara una rueda de repuesto por si su coche pinchaba; lo que fuera con tal no quedarse en la cuneta. El origen franquista parecía entonces una especie de pecado original a expiar, pero cumplida con creces la penitencia de pagar impuestos y legalizar el divorcio y el aborto, había sonado la campana para volver al redil ideológico.

Lo cierto es que Fermín se estaba follando a Aurora porque le gustaba como mujer, aunque sin hacerse ilusiones; pertenecían a

mundos diferentes y él notaba que, cuando volvían a casa de fin de semana, ella a Quintana y él a Villaverde, tan cercanos en el mapa como socialmente lejanos, no se veían, aunque hablaran por teléfono. Ella tenía muchos planes y él no formaba parte de ellos. Un sábado, Aurora le dijo a Fermín que tenía que colgar porque había quedado con sus amigas en la cafetería de moda de Quintana. Fermín pidió el coche a su padre y se presentó allí sin avisar, se acercó a la mesa donde estaban y la besó en los labios para sorpresa de Aurora, que se puso rojísima, y más aún de sus amigas, que por fin le ponían cara a ese ligue de la facultad.

La noticia se expandió como una bomba: la hija de Lumbier tiene novio. Parece un actor de cine, decían de oídas algunas; no es de aquí, añadían otros; quién lo pillara, se lamentaba una de las amigas. Fermín le contó a su madre su entrada a saco en el café y ella se admiraba del gesto audaz de su hijo. Qué más puedo pedir, mamá: es atractiva, inteligente y rica por casa. Ella se quedó contenta, aunque en alguna de sus fantasías, alimentada por sus horas de televisión de sobremesa, soñó con que su Fermín fuera modelo de alta costura de tan guapo que le parecía. A este hijo no lo volvemos a ver, comentó sin embargo su padre al saberlo.

Al padre de Aurora y sobre todo a Piedad Azpitarte, su mujer, Fermín de entrada les pareció poco para su hija: el hijo de un encargado de fábrica no era su sueño para Aurora, pero la niña parecía muy enamorada y el chico tenía buena planta y se expresaba muy bien. Ya se le pasará el capricho, pensaban ambos, hasta que a los pocos meses les sorprendió con su embarazo y su deseo de tener el bebé; que en esta generación de hippies una pareja en estas condiciones decida no abortar y les hiciera abuelos les encantó.

Arreglaron una boda rápida, que no se notara el bombo era la prioridad de Piedad y, aunque su hija fuera la comidilla del pueblo, ella no se lo confesó a nadie. De mi boca no saldrá, le aseguró a su marido, que para esas alturas ya había perdonado a su hija y se aprestaba a pulir a un yerno que apuntaba maneras. A Lumbier no le gustaban las conversiones rápidas, tipo san Pablo, prefería ir paso

a paso: había que acostumbrar al chico a manejar dinero y a gozar de la buena vida, después convencerle de que la desigualdad permite gestionar la economía a los mejor preparados, más tarde canalizar su afición a la política hacia los conservadores sin que deje de considerarse *social-equis* y, por último y siempre que se porte como Dios manda, ir dándole poder hasta, ¡quién sabe!, hacerle su sucesor.

Mi suegro, continuaba su reflexión Fermín de vuelta de su salto hacia atrás en el tiempo de nada menos que dieciséis años, otra servidumbre más a añadir al cesto: mi propio partido, los concejales que me impusieron y los funcionarios que me encontré. Sin embargo, me gusta ser alcalde, porque el trabajo que haces puede notarse y te queda buena conciencia cuando ayudas a los ciudadanos, aunque a veces resulten pesados. En su pirueta ideológica, el punto de anclaje quedaba ahí: la conciencia socialista y la doctrina socialcristiana pasan ambas por la fraternidad, quería convencerse, aunque se diferencien en que unos pretenden limar las diferencias entre las clases y los otros se conforman con ser todos hijos del mismo Dios verdadero.

Difícil, pero una etapa nada más, se animaba; uno o dos mandatos de alcalde y al parlamento autonómico y quién sabe si a Madrid, donde se cuecen de verdad las lentejas. Entonces veremos quién puede más, si Alberto Lumbier con sus millones o Fermín Ramas con sus cojones, y con suerte paso de yerno de Lumbier a convertirle en suegro de Ramas. La vida ideal: de lunes a viernes en Madrid y el fin de semana en casa con Aurora y los chicos, que llevan una adolescencia que no hay quien les aguante, sobre todo el mayor.

El sonido del teléfono le despertó de sus ensoñaciones: su secretaria, Matilde, que era la candidata siguiente en listas al último concejal conservador electo, le anunciaba la visita de una delegación de la Cámara de Comercio regional; su suegro había sido presidente hasta que se cansó de serlo y Aurora trabajaba en su delegación comarcal de Quintana. Estuvo por decir ¡a mandar!, pero le dijo ¡que pasen!

Venían a presentar un informe sobre la situación de las industrias locales. A Fermín le impresionaban los gráficos; no es lo mismo leer que las conserveras habían facturado un doce por ciento menos que el año anterior que ver una línea descendente como una pista de esquí y con pinta de seguir con su esalón. Joder con la globalización, se cabreó al ver la caída, el espárrago, la alcachofa o las judías de aquí ya no se venden más que en las *delicatessen* y ahora con la crisis ni tan siquiera ahí.

Nuestras conservas, le decía el de la Cámara, son casi artesanales; cojonudas de calidad, pero como nos falta capacidad para negociar con las grandes superficies o montar una red propia de puntos de venta, no nos comemos un rosco. Estaban muy dolidos porque el Ayuntamiento había autorizado recientemente la instalación de un centro comercial a la entrada de Quintana y sus propios vecinos volvían con los maleteros repletos de espárragos de Perú y tomates de Marruecos. Sus alegaciones no se habían tenido en cuenta y ahora lo estaba pagando el comercio minorista, tradicionalmente de voto conservador en la región.

Fermín asentía y callaba; él no estaba en la Alcaldía cuando se construyó Kintania con sus Zaras y Mercadonas, pero sí su antecesor, que gobernó doce años representando al Partido Conservador, y sabía perfectamente, como la mayoría en Quintana, que las órdenes llegaron de arriba y que su estricta obediencia le había llevado de la Alcaldía a un escaño de senador; poco trabajo y mucho sueldo, la ilusión de cualquier español. Las malas lenguas añadían, como explicación, unas jugosas comisiones para el partido, lo que nadie le comentó en las juntas del partido ni en las reuniones previas a su candidatura. Calificaban el rumor de insidias de la oposición, hasta que un día se le escapó a alguien la verdad en su presencia. Cuando se lo comentó a su suegro, Alberto se rio de su ingenuidad; le dijo que tampoco se hablaba de putas en el Vaticano.

La propuesta que traían era que liderara la solicitud de una denominación de origen, Conservas de Quintana, y que exigiera a

Mercadona un compromiso de ventas de esas conservas en toda España a cambio de apoyar nuevas instalaciones en la provincia. Viéndolo muy complicado, Fermín solo se comprometió a intentarlo, no quería que salieran de su despacho con una negativa; se le ocurrió terminar el punto con humor: el Partido Conservador se va a convertir en el partido conservero, y le rieron la gracia.

La otra industria local, el turismo, también presentaba gráficos adversos, se notaba que hoy no tocaban buenas noticias. Los hosteleros tampoco estaban contentos; los turistas no venían tanto y el Ayuntamiento había aumentado el impuesto de bienes inmuebles y la tasa de terrazas, obligándoles además a cumplir una ordenanza que les exigía invertir en cerramientos cuando hasta entonces cada cual se organizaba a su aire.

Más reivindicaciones que no había forma de atender a la vez: los vecinos querían más limpieza y una piscina mayor que la del pueblo de al lado, los funcionarios más sueldo y menos jornada, los conserveros una denominación de origen y los hosteleros que les dejaran invadir las calles sin atenerse a normas y todo eso sin tocarles los bolsillos con tasas o impuestos. Intentó contentarles con buenas palabras mientras en su interior se lamentaba de lo injusto de repartir dividendos, sin invertir cuando hubo ganancias, pensando que nunca se acabaría la racha, y reclamar al Ayuntamiento cuando las cifras no cuadran.

A Quintana le llamaban el pueblo de los Mercedes y ahora quieren que les abaraten la gasolina, le resumió a Aurora por la noche su reunión y ella, por toda respuesta, le dio un beso de buenas noches antes de darse la vuelta. Las buenas noches las tuvo su mujer, porque Fermín durmió fatal, sentía que su familia política cargaba sobre sus espaldas decisiones que no quería tomar y añadía más peso a la mochila ahora que la crisis empinaba la cuesta.

3

Se lo avisaste, pero no quiso escuchar o, como dicen de los maltratadores los sicólogos de la Policía, su trastorno no se lo permitió y no tuviste más remedio que actuar, porque si no cumples tus amenazas, ¿quién toma en serio tu palabra? La calle es dura y tienes que hacerte respetar, es un principio que no te enseñan en la Academia porque los profesores suelen ser abogados y sicólogos, más preocupados por el delincuente, por velar por sus derechos y explicar sus perversiones que por el poli que los persigue.

Saltaste como un resorte; sabes que no controlas tus impulsos, que respondes a las provocaciones con unos prontos de los que a veces te arrepientes, pero eres así y ya es tarde para cambiar y, aunque no lo fuera, te faltan estímulos para mejorar en ese terreno. Laura te recomendaba consultar con un sicólogo cada vez que respondías de forma desabrida a sus reproches y tú te enfadabas, dabas un portazo y te ibas a la calle a desahogarte tomando cañas.

Lo has mamado en casa, Quique, la herencia de tu padre, además de tu profesión; sois coléricos y punto. Tu madre le aguantó todo a tu padre; eran otros tiempos y además él se consolaba dando porrazos en las espaldas de los estudiantes en el franquismo, aunque a veces también rodara por los suelos. Se quejaba de que, con aquel abrigo gris y los correaes, correr les resultaba incómodo y los chicos se escurrían como mozos al toro en el encierro.

Te lo suele decir tu hermana, eres la versión en color de nuestro padre; los dos sois buena gente con mala leche. Tranquilos de apariencia, pero cuando se os cruzan los cables, mejor que te toque

lejos. Tiene razón Manuela, pero ni se te ocurre dársela, faltaría más. Las comparaciones con tu padre te ofenden; él fue siempre un arrastrado y tú no eres así, te sobra orgullo, no bajarías la mirada ni ante el ministro del Interior.

Orgullo de esclavo sublevado, como Espartaco; se convirtió en tu referente la tarde de domingo en que, con catorce años, la viste en televisión. La epopeya del esclavo enamorado que se rebela, forma una tropa desarrapada y consigue derrotar a las legiones romanas, aunque terminase crucificado, se convirtió en tu película favorita y Espartaco en tu héroe. Yo soy Espartaco, sueles gritar también haciendo coro con los esclavos, cuando vuelves a ver la dramática escena en donde el general romano les ofrece salvar sus vidas a cambio de entregar a su líder. No le traicionaron, eso te emociona, y mataron a casi todos, pero cuando la ves de mayor concluyes que, si le hubieran delatado, su suerte no habría cambiado; para un patricio romano, una rebelión de esclavos solo se salda con su exterminio.

¿Te gustaría ser Espartaco, Quique? Conteniendo tus lágrimas, por aquello de que los hombres no lloran, contestaste a tu padre que sí: para liberar a los pobres de los ricos, añadiste. Él pasaba entonces un periodo de extrema confusión: pertenecía a un cuerpo policial franquista cuando la democracia había tomado ya las calles y encima su hijo adolescente apoyaba una revuelta contra el orden establecido. Se enfadó contigo: Espartaco era para él un peligroso delincuente y merecía morir ejecutado. Golpeó la mesa con el puño, nos miró a tu madre y a ti, Manuela era pequeña entonces y andaría jugando por ahí, y dijo: no se hable más. Y punto.

No consiguió nada, claro está, salvo aficionarte al cine. Así que estabas esa tarde libre de cincuentón solitario en una sala del centro viendo Nebraska, cuando vibró tu móvil y apareció un *guasap* que decía: «ME PEGA». Dudaste un segundo, reconócelo Quique, la película te estaba gustando, la relación del protagonista con su padre te había enganchado, pero supiste de qué se trataba, recordaste tu amenaza y saliste atropellado.

Tomaste el primer taxi que pasó y salisteis para Princesa; desde el coche llamaste a la vecina y te contó asustada que escuchaba gritos y ruido de muebles en el piso de al lado. Ni una semana y vuelta a las andadas, pensaste, y supiste lo que ibas a hacer. A pesar de la adrenalina, te invadió una extraña serenidad y le dijiste a la vecina: por favor, no llame a la Policía, espéreme en el portal para abrirme en cuanto llegue, no quiero perder tiempo esperando al portero automático.

Para susto del taxista, comprobaste el arma, que siempre llevas contigo aunque sea tu día libre, porque en este puto oficio no hay días libres del todo. Eres policía las veinticuatro horas y los trescientos sesenta y cinco días del año, sesenta y seis los bisiestos, y solo dejas la pistola cuando estás en pelotas o en bañador y, hasta en esos casos, la tienes siempre cerca de ti; hasta follaste sin sacarla de la sobaquera en los baños de un disco-bar, sonríes al recordarlo, aunque no seas capaz de repetir el nombre de la chica, ¿Carmen, tal vez?, porque llevabas demasiadas copas encima.

Tan unido estás a tu pistola que no la llamas Beretta, sino Speedy, la sientes mientras caminas o estás sentado, la acaricias de vez en cuando como si fuera tu mascota, la limpias a menudo, bajas a la galería de tiro para que haga ejercicio y, si no la besas antes de acostarte, es porque te resulta un poco fría, como Laura el año antes de separaros.

En el ascensor, la vecina te contó que desde tu anterior visita la situación había empeorado, el hombre estaba rabioso y la había llamado alcahueta al verla en la escalera. No la contestaste, no tenía sentido, porque tu mente galopaba mientras el ascensor subía lentamente. Una imagen salió de su escondrijo y se proyectó en tu cerebro; aquella psicóloga que estaba tan buena diciendo, en el curso sobre maltrato al que te apuntaste el año pasado: detrás de cada maltratador hay un maltratado en su infancia y juventud y hay que tratar de recuperarlos. Recuerdas perfectamente que la interrumpiste, un poco porque estabas en completo desacuerdo y otro poco para atraer su atención, pero te replicó con habilidad y tuviste que callarte.

La imagen desapareció al abrirse la puerta del ascensor, no se oían ruidos en el piso. ¿La habrá matado o dejado sin conocimiento? Lo supusiste por un momento y por poco llamas a comisaría, pero escuchaste un fuerte gemido de mujer y ya nada te frenó. Golpeaste la puerta con el puño, no te abrieron al grito de ¡policía!, cogiste impulso y le diste un patadón; ni se movió a pesar del tremendo golpe lanzado: el hijoputa tenía puerta blindada.

Esta vez no tuviste dudas, entre sacar de su funda a Speedy y disparar contra la cerradura no pasó ni un segundo. Ni tiempo te dio de guardarla y con ella en la mano te encontraste con una escena que recuerdas con nitidez: la mujer recostada en el sofá en posición fetal, llorando en silencio, y el tío mirándote de frente con cara de sorpresa y una toalla mojada, agarrada con la mano como si fuera un látigo.

¡Con esas andamos, eh!, le dijiste al hijoputa; no respondió, solo se fijaba en tu arma. La vecina corrió a socorrer a la mujer, se la llevó no sabes dónde y os quedasteis solos; nunca olvidarás lo que te dijo: muy macho, con pistola y todo, ni tampoco el brillo de sus ojos y su voz de borracho. Podías haberle detenido, cogido in fraganti, como dice el Código Penal, pero las toallas mojadas no dejan marcas al pegar y necesitabas pruebas.

Sal de aquí mamón, te escupió y te cabreaste; guardar la pistola y acorralarle contra la ventana ocurrieron casi a la vez. Intentó golpearte con la toalla, no tenía suficiente margen para coger impulso y fuiste más rápido que él; no sabes cómo, pero abriste la puerta acristalada que daba a la terraza y le empujaste contra la barandilla, una, dos y hasta tres veces hasta que perdió el equilibrio y cayó al vacío.

De lo que pasó después solo retienes en tu memoria los gritos de los viandantes y los de la vecina y la mujer, asomadas mirando a la acera mientras tú salías al descansillo a llamar a comisaría. Marcaste el móvil de Foncillas para contarle que habías tenido un forcejeo con el maltratador de Princesa de la semana pasada y que se había estrellado contra la acera. No te muevas de ahí ni toques nada, Quique, ahora vamos.

Observaste el escenario, la puerta descerrajada, la toalla caída en el salón humedeciendo el parqué, el enorme televisor emitiendo una serie americana como si nada hubiera pasado, la mujer con un poema de sentimientos encontrados en su cara, la vecina con cara de admiración, y te sentaste a esperar en un salón que jamás podrías disfrutar, pensando en lo que te convendría declarar.

A menudo te has preguntado si volverías a repetirlo de poder cambiar el pasado y no sabes cómo responderte: a veces te arrepientes y otras no. Es la pregunta más inútil de tu vida, te la hagas una o mil veces: hiciste lo que hiciste, Quique, y lo tienes que asumir. Mataste a un hombre y te pidieron cuentas, librate a España de un maltratador y nadie te lo agradeció, ni siquiera su viuda, y tuviste que pasar por un calvario de explicaciones y más de una humillación. De lo que te sigues sintiendo orgulloso es de no haberte dejado apabullar por un pijo lleno de chulería por mucho que tu padre te dijera que, además de no haber sido buen policía, mejor hubieras hecho esta vez metiéndote el rabo entre las piernas, que la gente gorda seguirá siempre siendo gorda y la flaca nunca dejará de ser flaca.

Las conversaciones entre las familias Lumbier y Ramas antes de la boda de Aurora y Fermín fueron cortas y por teléfono, a pesar de vivir a solo veinte kilómetros. Su lema podría resumirse en: quien paga, escoge. Ceremonia religiosa oficiada por el obispo —¿no tenéis ningún sacerdote en la familia, verdad?— y comida en la Hípica —se come de maravilla, ya lo veréis— sin que cupiese la menor posibilidad de plantear alternativas.

Mientras tanto, los novios seguían yendo a sus clases de Derecho en la capital y contando a sus amigos sus planes de una boda cuyos detalles desconocían. Piedad apareció un día por el piso de su hija, la montó en un taxi camino del aeropuerto y la llevó al taller de un modisto de Madrid que les aseguró un diseño a base de volantes gracias al cual nadie notaría su embarazo.

No es para tanto, comentó Aurora, que nada sabía de lo que su madre había encargado al modisto. ¿No es para tanto? Piedad parodiaba la voz de su hija para reprenderla. Si no lo hacemos bien, un baldón para esta familia. Ni por Lumbier ni por Azpitarte encontrarás divorcios o bodas como esta. La culpa la tiene tu padre, por dejarte estudiar carrera fuera de casa. ¿A santo de qué necesitabas ir a la universidad?

También se zanjó rápido lo de los invitados. Piedad propuso a la madre de Fermín una boda sencilla. Juani entendió por sencilla una boda con solo familia directa; seremos unos diez por nuestra parte más los amigos de Fermín. Nosotros, respondió Piedad, tampoco seremos muchos: la familia y algunos amigos íntimos. Ni

la menor insinuación de conocerse antes de la boda y, por supuesto, nada de concretar a esos palurdos nombres de invitados que ni en el mejor de sus sueños aspirarían a tratar, cuántos compromisos tenían o el precio del menú.

Su madre sabía por Fermín que el regalo de boda de sus padres a Aurora era un piso en un edificio cercano al suyo, algo que habían condicionado a que la boda fuera en régimen de separación de bienes. Juani era consciente de que su hijo se casaba con una mujer rica, pero se sentía apabullada porque, se hablase de lo que se hablase, nunca aparecía en la conversación lo que costaba aquello de lo que se hablaba.

Juani lo interpretaba como exceso; como les sobra, no tienen que preocuparse del dinero. Sin embargo, Piedad no lo mentaba por otros motivos: por una parte, le parecía poco fino que la familia de Fermín supiese lo que les estaban regalando y, además, en su mentalidad solo había una forma correcta de organizar la boda de su hija: la suya. Cualquier otra le hubiera parecido tan extraño como comer pescado con cuchillo de sierra o salir a la calle en zapatillas de borla.

Verás cómo te cae bien mi familia, le decía Aurora a Fermín cuando su novio le transmitía el asombro de su madre con cada conversación con Piedad. Mi padre parece muy dictador, pero en el fondo es un pedazo de pan y mi madre, a pesar de su rollo de guardar las apariencias, es bastante asequible si no le llevas la contraria. Fermín estaba envuelto en algo que le superaba: si de él dependiera, se hubiera casado con traje de calle en vez de con chaqué y la pareja viviría de alquiler en un quinto sin ascensor al otro lado del río en vez de en el mismísimo centro de Quintana. Pero se dejaba querer y empezaba a disfrutar del maná de la familia de Aurora.

Los hermanos de Fermín tenían sus dudas, más Javier que Leire, que idolatraba al primogénito, tan guapo y cariñoso con ella. Si para Javier que su hermano se casara con la hija del cacique Lumbier representaba un riesgo enorme para el chico del que tanto había aprendido compartiendo habitación hasta que se fue a la

universidad, para Leire esta boda era prueba de que sus sueños románticos podían realizarse. Mientras Javier hablaba de clases sociales, Leire pensaba en que el amor, si es lo suficientemente fuerte, lo puede todo.

El día de la boda las cosas quedaron definitivamente claras: por los Lumbier acudieron más de cien personas y por parte de los Ramas una docena. Cuando Fermín se acordó de sus amigos de la infancia, la reserva de la Hípica estaba ya cerrada y solo les permitieron colar a unos pocos compañeros de facultad. Por supuesto, allí estaban las amigas de Quintana de Aurora, radiantes damas de honor compitiendo por el ramo, porque, dada la edad media de los asistentes, poco más por lo que competir había allí.

Los amigos íntimos de los Lumbier terminaron siendo cargos locales, alcalde incluido, provinciales y hasta nacionales del Partido Conservador, directivos de Colusa, la constructora de los Lumbier, con algunos clientes importantes de añadido y hasta el coronel de la Guardia Civil de la Comandancia comarcal. No hubo espacio para la protesta: Taquío y Juani, los padres de Fermín, no quisieron estropear la boda de su hijo y se conformaron con un buen lugar en la iglesia y una mesa conjunta para su familia al lado de la mesa principal, aunque lejos de la zona del *glamour*, en donde se sentaron ellos con los Lumbier importantes, el obispo y el alcalde.

Después de la boda y un corto viaje de novios a Lanzarote, las aguas volvieron a su cauce; los recién casados terminaron su último año de carrera en un apartamento que les puso Piedad en la capital, en julio pasaron a vivir a casa de los Lumbier en Quintana, mientras ponían cocina y baños nuevos en la suya, en agosto se fueron todos juntos al chalé de Sanxenxo como de costumbre y, a finales de setiembre, nació sano y fuerte Pablo, con un peso de tres setecientos.

Sin participar demasiado de la emoción de su hija y su yerno, Piedad soportaba con estoicismo de descendiente de carlistas las expresiones de asombro de sus parientes, amigos y vecinos ante el fenómeno de la naturaleza que les presentaba: de aquella sonada

boda por San José salía un sietemesino con tanto peso. Preguntaban con sorna: ¿de verdad tres kilos y medio? Como lo oyes; no sé vosotros, pero nosotros somos así de fuertes.

Poco le importaba la verdad, hasta le quitaba peso a su nieto esa mujer que, antes de adaptarse a la realidad, prefería que la realidad se adaptase a ella. Aunque, pensándolo bien, lo que llamamos real no es más que una construcción donde los hechos se desdibujan ante las interpretaciones, que suele ser lo que queda. Los datos, sin necesidad de mentir, son susceptibles de manipulación, las palabras pueden retorcerse hasta cambiar el significado de una frase y las causas de un acontecimiento alterar su orden o su secuencia de modo que cambie su sentido.

En pleno franquismo, Fernando Arrabal escribió en una dedicatoria: me cago en la patria y no le condenaron porque interesó interpretar que se refería a su gata, que él dijo que se llamaba así, y, en la misma época, los libros de texto defendían que el Alzamiento del dieciocho de julio de mil novecientos treinta y seis fue la respuesta al asesinato de Calvo Sotelo, líder de la derecha en la Segunda República, ocurrido cinco días antes, como si fuera posible improvisar una rebelión militar con ramificaciones en toda España.

Así que la interpretación de Piedad sobre su nieto sietemesino se convirtió en la verdad oficial, aunque en Quintana se pensara lo contrario. Los pueblos están llenos de historias que no escriben los historiadores y, a menudo, cuando tratan de escribirse, desaparecen las pruebas, callan los testigos y la vida sigue tan igual como en la canción de Julio Iglesias. Y es que siempre prevalece el relato de los detentadores del poder y, si se mantiene el tiempo suficiente, hasta perdido el poder, sus relatos continúan. Por eso resulta tan importante cambiar los relatos como base para que el poder cambie de manos.

La interpretación que no se mantuvo en pie fue la del futuro alcalde de Quintana de que, casándose con Aurora, se había integrado en su familia. Le pusieron un bonito piso amueblado y le colocaron en el despacho de abogados del primo de Aurora, pero en

la casa de sus suegros se sentía constantemente juzgado y las obras de la suya se eternizaban con escasa contribución por su parte. En estas llegó el cumpleaños de Alberto Lumbier, algo que vivió en primera línea y tardó en olvidarlo más que Sabina un desengaño.

Cayó en sábado y desde primera hora vino gente a casa. Vestido de calle, el cacique recibía de pie en el *hall*, agradecía los regalos que le traían, se los entregaba a Piedad y departía con la visita mientras su mujer los abría en otra habitación. Si el regalo le agradaba, Piedad regresaba al *hall* y se lo enseñaba a Alberto y, si no, el visitante se quedaba con la duda de si esta vez había acertado. A Fermín le parecía exagerada tanta pleitesía y preguntó a su suegro si aquella romería ocurría todos los años. Me deben favores y, como son buenas personas, me los agradecen.

Comieron en casa, aunque vestidos como si estuvieran en el hotel o en la Hípica; vinieron los dos hermanos y la hermana de Alberto, cuñados incluidos, que descubrieron en el bebé Pablo un notable parecido con su abuelo que solo ellos eran capaces de apreciar. Alberto dedicó la comida a glosar los valores familiares, sacando una vena poética que le hacía decir: un hombre sin familia es como un águila sin garras o un río sin agua y cosas así; en medio de su verborrea contó, para sorpresa de Fermín, una historia de la segunda mujer de Stalin que parecía no venir a cuento.

Se llamaba Nadia y su familia vivía en el campo, muy lejos de Moscú. Fue en tren a visitar a sus padres y le sorprendió cómo se acercaba la gente a las estaciones pidiendo algo de comida, estamos hambrientos gritaban, sin saber quién viajaba en ese tren. Cuando Nadia llegó de vuelta al Kremlin, Stalin y un grupo de dirigentes soviéticos celebraban una fiesta: las fuentes de asados, el caviar y el vodka no parecían tener fin. Stalin propuso brindar por el éxito del plan quinquenal. Nadia cortó el brindis diciendo: he visto demasiada hambre por el camino, Koba. Se hizo un silencio aterrador que Stalin rompió: ¡qué sabrás tú, campesina ignorante! Nadia se fue y la juerga continuó.

Al día siguiente en su habitación, cercana a la del bruto de su marido, descubrieron su cadáver con el cañón de una pistola metido en la boca y saltada la tapa de los sesos. En el Kremlin se habló de suicidio, aunque según el parte médico oficial la muerte se debió a una peritonitis. Alberto le miró a Fermín y, viendo su cara de horror, se rio: por supuesto Nadia no sabía manejar una pistola y las peritonitis no suelen tener orificio de entrada y salida. Nadie se creyó lo de Nadia, atacar al patrón trae consecuencias, concluyó Lumbier; a lo mejor os parezco duro, pero creo que Stalin hizo bien en matarla, la traición es incompatible con la familia.

Por favor, Alberto, déjate de historias tristes, dijo Piedad, esta ya nos la has contado varias veces, pero su marido miraba sonriente a Fermín: una cosa es entrar en esta familia y otra estar dentro, dijo con solemnidad. Brindo para que te integres y para que este nieto recién nacido nos dé las alegrías que esperamos. Y yo, contestó Fermín aún no repuesto del susto, brindo para que me enseñes el camino y para agradecerte lo que estás haciendo por nosotros. Cogió de la mano a Aurora y ella notó que le sudaba la palma mientras su padre sonreía satisfecho.